

Ciencia y colonialismo español en el Magreb: el estudio científico de las colonias españolas y sus posibilidades económicas

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ SANZ
Universidad Complutense de Madrid

1. Introducción

Con cierta frecuencia, el colonialismo español ha sido tratado en la literatura, especialmente en las novelas, y en algunos ensayos como una «aventura», militarista e impopular, de gobiernos desconectados del pueblo y de la Historia, nostálgicos de nuestro pasado imperial. Y, al parecer, así ha quedado en nuestra conciencia nacional. Recientemente, algún historiador o ensayista lo ha tratado como un «mecanismo de prestigio» sustitutorio (tras el 98) de pasadas glorias, sin las que no es fácil que vivan las naciones ni gobiernen los políticos, que quedan sin marcos de referencia. En el mejor de los casos, ha sido estudiado como una imitación simplificada y pobre del imperialismo francobritánico, pero sin la organización, planificación, vertebración ni provecho de éste. De ese modo, la «aventura colonial española aparece pensada y tratada como el fruto, una vez más, de nuestro orgullo y deseos de apariencias tradicionales, pero sin la previsión, la planificación, el despliegue militar, las motivaciones económicas ni la organización del fenómeno colonial en otras potencias europeas. Y esto es falso: quienes creen eso olvidan la experiencia anterior que tenía España sobre el gobierno de extensísimos reinos y territorios en todas las partes del mundo; olvidan, también, que sólo en 1899, en plena época imperialista y colonial europea, era suprimido en España el entonces innecesario Ministerio de Ultramar¹.

1. El hispano Ministerio de Ultramar tiene una compleja historia. Durante la Edad Moderna, el gobierno de los virreinos y territorios españoles de América y otros lugares correspondió al Consejo de Indias. Las vicisitudes y reformas del siglo XIX llevaron a que las Cortes de Cádiz creasen, en 1812, un Ministerio de la Gobernación de Ultramar, que fue suprimido por Fernando VII en 1815. Restaurado de nuevo en 1820, tuvo vigencia durante el «trienio constitucional»: en 1824 fue otra vez suprimido. Restablecido en 1863, tras la pérdida de los últimos territorios hispanos ultramarinos fue definitivamente suprimido por un R. Decreto de 25 de abril de 1899, pasando los asuntos coloniales a depender de la Presidencia del Consejo de Ministros.

Por ello, en orden a matizar y profundizar estas cuestiones, y refiriéndonos a la época de la fiebre colonial suscitada por el «*reparto de Africa*» de 1885, afirmamos que es un hecho comprobable y evidente que en España se dieron similares circunstancias y factores a los que conocemos de cualquier otro Estado de Europa: hubo los mismos grupos de presión en favor de la colonización, así como un despliegue administrativo y militar semejante a los de las potencias europeas, unos intereses u objetivos económicos —pocas veces satisfechos— y políticos a conseguir, un clima intelectual fomentado por pensadores y científicos, y una verdadera mentalidad popular de tipo colonial, aunque con momentos de rechazo en tiempos de crispación, como en la «semana trágica». Por ello, en estas líneas nos vamos a fijar en una corporación científica española: la estudiaremos como un ejemplo del «clima social» y un exponente de la acción de grupos intelectuales y científicos que propugnaron el colonialismo español o, cuando menos, colaboraron en sus facetas más positivas. Para ello acotaremos un escenario (Marruecos y Río de Oro, —el ex-Sahara español—) y un tiempo (de 1860 a 1921).

Es sabido que, en la segunda mitad del siglo XIX, los Estados europeos tenían puestos sus ojos en los territorios afroasiáticos, reflejando así una nueva situación socioeconómica (la expansión demográfica europea y las transformaciones que supuso la «segunda revolución industrial») y la llamada «política de prestigio» (con sus manifestaciones imperialistas y coloniales). España no podía, como es lógico, sustraerse a esta corriente imperante entre las potencias de la época, que pretendían imponer en los escenarios afroasiáticos su influencia y, posteriormente, su dominio.

Nuestra presencia en ASIA tenía en las Filipinas y otras islas adyacentes una base más histórica que económica, ya que el comercio generado no suponía un porcentaje importante en el producto nacional hispano, y su lejanía las relegaba al papel de una reliquia de tiempos mejores. Por el contrario, la presencia española en AFRICA, que se remonta a la época del Imperio Romano, ha tenido mayor importancia en nuestra propia historia, y no tanto por razones económicas cuanto por razones políticas (entre otras, evitar que Francia, asentada en Argelia, abriese una 'segunda frontera' en Marruecos) e incluso sentimentales: decía Montero Ríos, en 1904, que la unidad del Estrecho en manos españolas era «*cumplimiento de nuestra misión histórica, de nuestros destinos étnicos y geográficos*», lo que equivale a una versión española del famoso «destino manifiesto» norteamericano. Así pues, por su cercanía y por otras razones de interés podría decirse que el Noroeste de Africa, fundamentalmente, concentró el esfuerzo y el espíritu colonial de España.

Es bien conocido que entre los grupos sociales de presión que en Europa apoyaban la colonización² estaban los Institutos misioneros, las asociaciones empresariales o coloniales, y las Sociedades geográficas u otras corporaciones

2. MIEGE, Jean-Louis: *Expansión europea y descolonización de 1870 a nuestros días*. Barcelona, Labor, 1975 (Col. «Nueva Clío», núm. 28), pág. 17 y ss.

científicas: el apoyo de estos grupos se debía a que sus loables fines u objetivos podrían desarrollarse mejor con la explotación y estudio de aquellas regiones a las que en aquellos momentos accedían los europeos; de hecho, los europeos llegaban allí más con prepotencia o codicia que como meros estudiosos o exploradores. En España también existió ese mismo abanico de grupos, con su variedad de objetivos y planteamientos; pero todos ellos estaban preocupados por conocer más y mejor el territorio inmediato a nuestra costa sur.

Concretamente hubo dos corporaciones científicas (además de otras sociedades de viajeros o aficionados) que enviaron sus sabios y expertos a estudiar en profundidad la naturaleza y habitantes de las zonas magrebíes de influencia española, que más tarde serían de posesión colonial. Aquellas corporaciones fueron la *Sociedad Geográfica* y la *Sociedad Española de Historia Natural*. La primera es conocida por su relación con el colonialismo español, y el influjo que en ella ejerciera Joaquín Costa. La segunda destaca por ser la impulsora, a pesar del ambiente de enfrentamiento y desidia intelectual, de la modernización y renovación de la ciencia española. Acerca de la *Real Sociedad Española de Historia Natural*, fundada en 1871, recordemos que es la más antigua de las corporaciones científicas privadas existentes todavía en España. Sus objetivos fueron, inicialmente, promover el desarrollo de las ciencias en España, propulsar su aplicación e investigación, poner en contacto a todos los que en nuestro país estudiaban (o eran expertos aficionados) los diversos ámbitos de la Naturaleza y sus leyes, y editar una publicación donde pudieran los científicos españoles notificar sus hallazgos e investigaciones, sin depender de revistas extranjeras. Abierta y multidisciplinar, en ella se daban cita zoólogos, físicos, botánicos, químicos, geólogos, farmacéuticos, catedráticos, médicos e investigadores³.

Fruto de la revulsión social que supuso en nuestro país la «gloriosa» revolución de 1868, la *Real Sociedad* fue un instrumento para la regeneración de España por medio de la ciencia y la cultura. Eso explica que, desde el primer instante, contara entre sus miembros con hombres ajenos al mundo de la Naturaleza, como el mismo Giner de los Ríos: precisamente fueron sus discípulos naturalistas, miembros de la Real Sociedad, los que protagonizaron la «cuestión universitaria» de 1875⁴. En las sesiones de la R.S.E.H.N., también, sur-

3. Acerca de la REAL SOCIEDAD DE HISTORIA NATURAL apenas se había escrito: sólo quedan algunas informaciones, notas o reseñas y discursos. Entre los autores de estas noticias debemos destacar a Lucas FERNANDEZ NAVARRO, Constancio BERNALDO DE QUIROS, Eduardo HERNANDEZ PACHECO y, ya en nuestros días, Juan VERNET GINES, Pedro LAIN ENTRALGO y Antonio PEREJON RINCON. Por ello, y estimulado por el reto que suponía que un historiador (un hombre «de letras») estudiase e investigase una corporación como la Real Sociedad (con trabajos «de ciencias»), en 1981 realicé sobre ella mi tesis doctoral: *Medio siglo de ciencia española: la Sociedad Española de Historia Natural, 1871-1921*, Madrid, Edit. de la U.C.M., 1982.

4. En este punto deben consultarse las obras, ya clásicas, de RODRIGUEZ CARRACIDO, J.: *Estudios histórico-críticos de la ciencia española*, Madrid, 1917 (2.ª ed.), pág.

gieron respetuosas críticas y nacieron proyectos que, posteriormente, moverían a los gobiernos y ministros españoles a reformar los planes de estudios en sus diversos niveles.

Y así, tras minuciosos y continuos estudios geográficos y naturalistas de la tierra y los mares del Noroeste africano con influencia española, estas exploraciones científicas consiguieron proporcionar a España dos fuentes singulares de riqueza que aún perduran. Estos dos hallazgos fueron los únicos beneficios económicos que recibió España a lo largo de su período colonial en el Magreb, y que sirvieron de «compensación» a las pérdidas o gastos económicos y humanos que España sufrió como resultado de aquel período de su historia reciente. Mostrar esto implica echar por tierra la visión tradicional del colonialismo español como una aventura improvisada, sin planificación ni provecho alguno. Por el contrario, creemos que —aunque a escala menor, ciertamente— el colonialismo español tuvo previsión, planificación y motivaciones económicas como los del resto de las potencias europeas de la época.

2. Inicios de la penetración española: las primeras exploraciones en el Magreb

En relación con el conocimiento y exploración de Africa, una abundante literatura de viajes y novelas de la época, al igual que en nuestros días, la tomaba como escenario de emocionantes aventuras. Pero los científicos se formulaban otro tipo de cuestiones, así como los gobiernos y los empresarios, acuciados por los problemas que generaban en sus respectivos países la industrialización y la evolución demográfica. Fue en este contexto en el que surgieron aventureros individuales y sociedades de exploradores que enseguida cubrieron todos los paisajes africanos.

También en España observamos esta corriente, favorecida incluso por algunas vicisitudes de nuestra política exterior: recuérdese que en 1778 recibíamos de Portugal la isla de Annobón y el derecho sobre Fernando Póo y la costa entre el Níger y Gabón (Tratado de El Pardo) y que, en 1860, el Sultán de Marruecos concedía en la costa atlántica «*el territorio suficiente para la formación de un establecimiento de pesquería como el que España tuvo allí antiguamente*» (Tratado de Tetuán). Este último dato, a pesar del contexto real en el que se estableció, nos revela ya uno de los principales intereses y causas que tenía España, tanto en beneficio de las Canarias como de la costa de Anda-

273 y ss; y de RUIZ DE QUEVEDO, M.: *Cuestión universitaria. Documentos coleccionados por M. R. de Q. referentes a los profesores separados, dimisionarios y suspensos*, Madrid, 1876. Esta cuestión, y algunos de sus extremos más discutidos, han quedado reflejados en MARTINEZ SANZ, J. L.: «Replanteamiento histórico sobre la oposición al Marqués de Orovio», en *Segundo Coloquio sobre Historia de La Rioja*, Logroño, Col. Univ. de La Rioja, 1986, pág. 355 y ss.

lucía, para establecerse en la zona; además, había otros intereses políticos o estratégicos. De ahí la importancia que tenía conocer la riqueza pesquera de la costa del noroeste africano: esa tarea pronto fue confiada a los naturalistas y científicos españoles; entre estos naturalistas, destacarían singularmente los de la Real Sociedad.

De este modo, y simultáneamente con los acontecimientos políticos y diplomáticos, se inició la creación de Sociedades comerciales para la explotación de la pesca en la zona que se iba a obtener⁵. Hoy sabemos que, desafortunadamente para aquellos inversores, estas sociedades fracasaron sin lograr en su explotación los beneficios que esperaban: se habían fundado al compás del oportunismo, pero sin estudiar las posibilidades piscícolas que el océano ofrecía y sin otro tipo de consideraciones.

En relación con los referidos tratados y con el interés por conocer las tierras de influencia española, el gobierno autorizó —en 1863— las relaciones comerciales con la costa africana situada entre los cabos Nun (límite sur de Marruecos) y Blanco (límite norte de la zona franco-mauritana). Poco después, el alavés Iradier exploraba en 1874 Guinea y Río Muni; mientras, en España surgían asociaciones o corporaciones que, directa o tangencialmente, tendrían una importante labor en el estudio y conocimiento del norte de África: la *Sociedad Española de Historia Natural* (1871), la *Sociedad Geográfica de Madrid* (1876) y, como filial de la que en Bruselas fundara Leopoldo II, la *Asociación Española para la Exploración de África* (1877). A ésta pertenecía Joaquín Gatell (el famoso «Caid Ismail» de la época) quien, junto a Fernández Duro y a Climent, marchó en expedición hacia Marruecos (diciembre 1877) a bordo del «Blasco de Garay». Pocos meses antes se había nombrado una *Comisión*, presidida por Alvarez Pérez, con la intención de ocupar un punto en la costa al sur del Cabo Nun —donde terminaba la soberanía marroquí, el Majzén— para dar cumplimiento al Tratado de Tetuán, pero no pudo lograr su propósito.

En 1881 se inició la penetración española en el noroeste de África: la península de Río de Oro se compraba a los Ulad Delim, ante un notario de Las Palmas, por unas monedas de plata. Dos años después, coincidiendo con el ingreso de Joaquín Costa en la Sociedad Geográfica, se celebró el I Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil: en él nació la *Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas* como una sección de la Sociedad Geográfica, convocante del Congreso.

Para el colonialismo español como para el europeo, 1884 sería un año decisivo: tras el famoso mitin de J. Costa en el teatro Alhambra, de Madrid,

5. Por su acopio de datos interesantes, y la precisión del funcionario que pone por escrito el contenido de sus propias vivencias y de los legajos que custodia, es muy conveniente y provechosa la obra de Tomás GARCIA FIGUERAS: *Santa Cruz de Mar Pequeña-Ifni-Sahara*, Madrid, Ediciones FE, 1941. Para el asunto de las empresas pesqueras, véanse especialmente las págs. 140 y ss.

en el que se pedían al Gobierno criterios claros sobre la acción española en Africa, se enviaron las expediciones de Iradier a Río Muni (donde se adquirieron 12.000 km cuadrados) y de E. Bonelli a Río de Oro. Aquí, tras firmar en noviembre un acuerdo con los Ulad Bu Sbaa de Cabo Blanco, estableció España su protectorado entre Cabo Bojador y Bahía de Arguin, y se fundaron Villa Cisneros en Río de Oro, Puerto Badía en Bahía de Cintra y Medina Gatell en Cabo Blanco. En diciembre, el Gobierno de Cánovas notificaba a la nación y a las potencias europeas la ocupación española de Río de Oro y la instauración del protectorado español en la costa africana, desde Cabo Bojador a Cabo Blanco⁶. El año terminó con la CONFERENCIA DE BERLIN, en la que culminaría el «reparto de Africa».

A partir de ese momento se aceleró la ocupación de territorios. España, por su parte, proclamó su protectorado sobre Río Muni (Guinea) en enero de 1885, ocupando también Río de Oro: Bonelli fue nombrado Comisario Regio de los territorios de la costa occidental de Africa. A la vez, Cánovas afrontaba el incidente de las Carolinas provocado por Bismarck. Al año siguiente, una nueva expedición de Alvarez Pérez a la región de Tekna y del río Sakia-al-Hamra pactó con las tribus locales, que pusieron bajo la protección de España el territorio que va desde el cabo Bojador al río Chbeika. Otra expedición⁷, enviada por la *Sociedad de Geografía Comercial* (nuevo nombre de la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas), y compuesta por Cervera, Rizzo y Quiroga, tomaba posesión de algunas zonas del Sahara, y establecía acuerdos con las tribus Erguibat y con el Sultán del Adrar Temar, región y gentes muy próximas a los españoles por haber sido antiguamente una zona morisca.

Tras la expedición de Sorela Fajardo, se inició la influencia española en el mismo Marruecos a través de Fr. José Lerchundi, superior de las misiones franciscanas. Mientras tanto, se iban produciendo diversos incidentes y problemas que colocaron a Marruecos en la primera página de la actualidad internacional: los incidentes de Melilla, en que murió el Gral. Margallo (1893); las rebeliones (1902) del Raisuni en la Yebala —N.O.— y del Roguá «Buhamara» en Taza —E.— contra el Sultán Abd-el-Aziz; el tratado franco-español sobre sus respectivas zonas de influencia en Marruecos, tras la firma de la «entente» francobritánica (1904); la crisis de Tánger, provocada por Guillermo II (1905), y la Conferencia de Algeciras (1906); el ataque de Abd-el-Kader en el Barranco del Lobo (1909), que produjo los sucesos de la «semana trágica» en Barcelona: la cesión de Ifni a España (1910); y, tras la crisis de Agadir (1911), el tratado franco-marroquí de 1912, que concedía a Francia el protectorado sobre Marruecos, poniendo así fin a la independencia del Majzén. Este tratado sería completado con el Convenio franco-español, en el que se fijaban las respectivas zonas de co-protectorado: España recibía la Yebala, la Gómara, el Rif, el valle del Lucus, y el Kert (66 kabilas en total). El protecto-

6. GARCIA FIGUERAS, ob. cit., págs. 121 y ss.

7. Ibid., pág. 130.

rado español tomaba como modelo al francés, y sería administrado por un Jali-fa, representante del Sultán, y un Alto Comisario, delegado del gobierno español.

3. Actitud y mentalidad de la R.S.E.H.N. en sus estudios africanos

A través de las publicaciones de la *Real Sociedad Española de Historia Natural*, se percibe en sus investigaciones coloniales la existencia de dos actitudes mentales diferentes: la científica y la colonialista. Por un lado, su índole científica promovía en las distintas zonas de influencia española el estudio de la Naturaleza y sus productos; por otro, el ambiente colonialista que vivía la Europa de aquel momento se reflejaba en ciertos sentimientos nacionalistas y expresiones retóricas que aparecen en sus *Actas*: esto se explica porque a la Real Sociedad pertenecían, también, varios miembros de la Sociedad Geográfica y de la Institución Libre de Enseñanza, ámbitos en los que la propaganda africanista y colonial de Joaquín Costa influyó notablemente.

El hecho de que miembros de la Real Sociedad formaran parte de expediciones a Marruecos debe ser matizado. Inicialmente, la Sociedad contaba con escasísimos recursos económicos, y un apoyo casi nulo fuera de los ámbitos científicos privados: por eso no tenía capacidad económica para enviar expediciones propias, aunque sus socios estuvieron presentes en las costeadas por otras corporaciones. Sin embargo, pronto sería el Estado quien fomentara o subvencionase (más en parte que en todo) estas expediciones, confiando obtener de ellas informes o bases científicas de las posibles riquezas a explotar en aquellos territorios: sólo entonces, al servicio del Estado, la Real Sociedad pudo realizar estudios propios.

A este respecto, hay un hecho que merece reseñarse, pues marcó un hito en la actividad científica e investigadora de la Sociedad. En 1874, cuando aún no había un ambiente ni un propósito colonialista en España, la Real Sociedad elogiaba en una de sus sesiones un estudio naturalista realizado en los EE.UU., que fue propuesto como el *modelo* de otros similares que podrían hacerse en España o en otros lugares por los miembros de la Sociedad. El Gobierno norteamericano había encargado al geólogo Hayden explorar la región de Montana: más concretamente, las fuentes del río Yellowstone. Este trabajo había sido iniciado en 1856 por el general C.K. Warren, quien estudió el curso inferior del río; el coronel W.F. Reynolds lo prosiguió luego, entre 1859 y 1860. Una década después, tras la incorporación de Montana a la Unión (fue anexionado como «territorio» en 1864 y reconocido como Estado en 1889), se encomendó la exploración a un civil, a un profesor de Geología. Hayden organizó los trabajos de campo por grupos de áreas de estudio; cada grupo se componía de un especialista y varios ayudantes: los jefes de grupo fueron un agricultor, un entomólogo, un botánico, un zoólogo, un geólogo, un topógrafo, un médico, un meteorologista, un fotógrafo y un pintor. Cada grupo trabajó durante un año; cuando la expedición cumplió el encargo recibido, la región estaba totalmente conocida: se había trazado su mapa, y descrito y estudiado sus recursos,

clima, gea, flora y fauna. Al año siguiente se redactaron las conclusiones, e inmediatamente se publicaron. Fue así como la Real Sociedad conoció el modelo de lo que, años después, serían sus estudios o exploraciones⁸.

El Gobierno español inició en 1881 una interesada aproximación (con verdadera mentalidad colonialista) a los científicos y naturalistas: con ocasión del Congreso de Argel. D. José Luis Albareda, Ministro de Fomento, encargó a los naturalistas de la R.S.E.H.N. que iban a asistir a él (Vilanova, Bolívar y Mazarredo), así como a otros congresistas (los ingenieros Jordana, Madrid Dávila y Robles) que, además de participar en las deliberaciones del congreso, realizaran las excursiones oportunas —cada uno según su especialidad— para formarse un concepto preciso de la colonia argelina, y redactar un informe en este sentido para el Ministerio⁹.

En aquellos años, las páginas de los *Anales de la S.E.H.N.* evidenciaban el espíritu colonialista que se respiraba en los círculos políticos, tanto europeos como españoles, y en el seno de otras corporaciones que tenían puestos sus ojos en Africa: sus riquezas y su comercio serían, también, resaltados en algunos informes y comunicaciones leídos en la Real Sociedad. Por ello, en 1886 (al año siguiente del «reparto de Africa»), en las sesiones de la Real Sociedad se habló de las tres expediciones al Africa realizadas dicho año: la de Iradier Bulfy y Ossorio Zavala a RIO MUNI, la de Quiroga Rodríguez, Cervera Baviera y Rizzo Ramírez a RIO DE ORO (ambas costeadas por la *Sociedad de Geografía Comercial*, y en las que había algún naturalista que era, a la vez, miembro de la R.S.E.H.N.), y la de Alvarez Pérez a TEKNA y al Norte del SAHARA. En este sentido, no deja de ser significativo que ese mismo año ingresara en la Real Sociedad D. José Montes de Oca, entonces Gobernador de las posesiones españolas en Guinea.

Como es natural, en las sesiones de la R.S.E.H.N. se oían aquellos años los clásicos elogios: los expedicionarios habían conseguido «*reanudar las glorias conquistadas por los españoles en la exploración de muchos extensos territorios de ambos mundos*», y se les felicitaba «*por el valor y la constancia demostrada en difícil expedición, cuyos resultados enaltecen a tan distinguidas personas y han de contribuir a la honra y a la gloria de la nación española*»¹⁰. Sin embargo, junto a los elogios se notificaban las realidades constatadas, de interés no sólo naturalista y científico, sino también comercial y colonial: decía Qui-

8. A la Real Sociedad le llegaron la noticia y la publicación en 1874. Véase ASEHN (*Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*), núm. 3 —1874—, págs. 34 y ss.

9. El *Congreso para el adelanto de las Ciencias* se celebró en Argel, del 14 al 19 de mayo. A él asistieron los miembros de la S.E.H.N. Vilanova y Piera, Bolívar y Urrutia, Larrinúa y Azcona, y Carlos Mazarredo junto con los Sres. Jordana —Ingeniero de Montes—, Madrid Dávila —Ing. de minas— y Robles —Ing. agrónomo—. A su vez, D. José Luis Albareda era Ministro de Fomento de un gobierno de Sagasta (feb. 1881-ene. 1883) que había sustituido a otro de Cánovas, en el que Fomento estuvo a cargo de D. Fermín Lasala. Véase la noticia en ASEHN, núm. 10 (1881), pág. 27.

10. ASEHN, núm. 15 (1886), págs. 35 y 76.

roga Rodríguez en una de sus cartas que *«si en el interior hay riqueza para sostener aquí un comercio activo, es necesario a toda costa que vengan a establecerse compañías ricas, que puedan hacer competencia al Senegal, mercado bien surtido y que disfruta de gran nombre en toda esta parte de Africa. Al frente de esas casas comerciales deben venir personas muy competentes en estos negocios, con intérpretes que sepan el árabe y que sepan, además, distinguir a unos moros de otros, cosa de la que ellos se pagan mucho»*¹¹. A pesar de este acertado aviso, acabaría siendo Francia la que controlase toda aquella zona, así como las rutas de Tombuctú.

Con todo, en las comunicaciones y noticias leídas en la Real Sociedad sobre exploraciones en Africa se evidencia el carácter naturalista de los socios, que se muestran, sobre todo, como investigadores y buscadores de ciencia. Así, cuando en 1888 se preparaba Sorela Fajardo para marchar a Río Muni, Vilanova y otros socios hacían gestiones para que algún naturalista de la R.S.E.H.N. le acompañase: el Presidente mismo de la Sociedad, el entonces senador Manuel M. José de Galdo, señalaba la poca atención que el Gobierno daba a la presencia de un naturalista en estos viajes: *«No hay costumbre entre nosotros de considerar como necesarios estos estudios prácticos, ni menos el de alentarlos dando a personas competentes el encargo de desempeñar misiones que en otros países organizan no sólo los Gobiernos, sino hasta los mismos establecimientos científicos, que tienen recursos correspondientes»*¹². Y, sin embargo, la Real Sociedad era consciente del influjo político y social de algunas corporaciones científicas: señalaba Calderón Arana en 1894 que *«conocida es de todos la alta función política e internacional que cumplen en la actualidad las Sociedades Geográficas»*¹³.

Otras veces, la objetividad científica de los socios les llevaba a desmentir noticias sensacionalistas: así, el mismo Calderón Arana comentaba ese año, a propósito de una comunicación sobre el origen de los depósitos geológicos de mercurio, que *«las lagunas de mercurio del Rif, de que nos hablaba 'El Imparcial' de hace un par de meses, y que tanto llamaron la atención de algu-*

11. El párrafo citado, dotado de una aguda visión comercial que respondía a la mentalidad colonial o utilitarista del europeo de la época, pertenece a una carta escrita por Francisco Quiroga Rodríguez en 1886, cuando exploraba Río de Oro con Cervera y Rizzo, a su amigo Salvador Calderón y Arana. Este la recordó públicamente en la sesión de la S.E.H.N. de agosto de 1894, durante la necrología que Calderón leyó en la Sociedad elogiando la labor de Quiroga, truncada por su temprana muerte (véase ASEHN, 23 —1894—, pág. 156).

12. ASEHN, núm. 17 (1888), pág. 14. A pesar de todo, el Gobierno no se desentendía totalmente de las expediciones o exploraciones coloniales: en esa misma sesión, el explorador Sorela y Fajardo recordaba a sus consocios que el Ministerio de Estado (dirigido entonces por Segismundo Moret) había destinado 100.000 pts para exploraciones en Africa. La inefable burocracia hispana señalaba que este capítulo de gastos debía *«repartirse entre los presupuestos de los ministerios de Estado y de Ultramar»*.

13. ASEHN, núm. 23 (1894), pág. 150.

nos lectores, son una pura fantasía...». La Real Sociedad valoraba las exploraciones y estudios de Africa con criterios estrictamente científicos, pensando más en aumentar los conocimientos y colecciones naturalistas que en objetivos meramente comerciales. En este sentido (y con cierta exageración, por lo que ya sabemos) comentaba Fco. de las Barras de Aragón, en 1896, que se notaba con tristeza y vergüenza que «casi todo el conocimiento que se tiene de nuestras posesiones es debido a los exploradores y naturalistas extranjeros: parece increíble que no se haya pensado todavía en enviar una comisión que estudie y recoja las producciones de territorios tan importantes para nuestro porvenir colonial como los del Golfo de Guinea, trayendo colecciones que debieran figurar en nuestros Museos y evitándonos el bochorno de tener que acudir a los extranjeros y a los escritos de sus sabios para saber algo referente a nuestros propios dominios»¹⁴.

Por todo lo expuesto, es evidente que toda la capacidad de influencia, en cuanto grupo de presión de índole científica, de la Real Sociedad se concentraba en conseguir que se enviasen naturalistas en las expediciones (comerciales, políticas o de otra índole) a los territorios africanos de influencia española).

4. Exploraciones terrestres de la R.S.E.H.N. en el Magreb

La primera referencia que aparece en las *Actas de la S.E.H.N.* sobre la costa del noroeste africano se refieren a la expedición que en 1883 hizo la *Comisión hispano-marroquí* para fijar el emplazamiento de la antigua Sta. Cruz de Mar Pequeña, tal como establecía el Tratado de Tetuán (1860). Mayor resonancia tuvo, en 1886, el recibimiento dispensado en la Real Sociedad a los miembros de la *Comisión Científica de España en el Sahara*: en aquella sesión felicitaron a los ya mencionados Julio Cervera Baviera, jefe de la expedición, Felipe Rizzo Ramírez, el hach Abd-el-Kader l'Adjar, y Francisco Quiroga Rodríguez (ese año, Vicepresidente de la Real Sociedad) por el acierto con que habían cumplido la misión que la *Sociedad de Geografía Comercial* les había encomendado.

14. Francisco de las Barras de Aragón es un buen ejemplo de la evolución personal y científica de muchos de los hombres que desarrollaron su actividad a caballo de los siglos XIX y XX. Sevillano, doctor en Ciencias, en 1891 era un aficionado y especialista en Entomología (ciencia de los insectos), disciplina de la que fue profesor auxiliar de la Universidad de Oviedo (1898); posteriormente ganó una Cátedra de Instituto (Palencia, 1899; Avila, 1900; Huelva, 1904). Catedrático de Mineralogía y Botánica en la Univ. de Oviedo (1907), pasó a desempeñar esa cátedra —en 1913— en su ciudad de Sevilla, de la que, por cierto, sería Alcalde en 1918. Al año siguiente vino a Madrid, donde sería profesor de la Escuela Superior de Magisterio, alcanzando la Cátedra de Antropología de la Univ. Central en 1920, cargo que simultaneó con el de Jefe de la sección de Etnografía del Museo Antropológico. La intervención a la que aludimos se realizó en la sesión de junio de 1896, a propósito de una obra de W. Nylander sobre líquenes de la isla de Annobón y otras del Golfo de Guinea. Véase ASEHN 25 (1896), pág. 76.

Años después, aún se recordaba que aquella expedición había recorrido territorios no hollados jamás por el hombre europeo. Sin embargo, ese año pasó totalmente desapercibida la expedición alemana del Dr. Jannasch: de Mogador a Agadir, se ocupó de estudios geográficos y científicos: desconocida por todos, fue la base¹⁵ de los intereses alemanes en Marruecos y el origen de las dos tensiones marroquíes o «virajes» hacia la I Guerra Mundial, como los definía Pabón de Urbina: la visita del Káiser Guillermo II a Tánger (1905) y el incidente de la cañonera alemana *Panther* en Agadir (1911).

Posteriormente, y a título privado, Font y Sagué, un clérigo catalán de la Real Sociedad, emprendería un trabajo de campo en Canarias y Río de Oro (1902), estudiando la topografía, geología, clima, flora y fauna sahariana, así como los concheros prehistóricos, que clasificó con más acierto que Quiroga.

El verdadero despegue de la *S.E.H.N.* se produce desde 1903, en que es declarada *REAL SOCIEDAD*: a partir de ese año recibiría del Estado una cantidad fija anual (entonces 5.000 pts) para invertir en tareas científicas propias de una entidad «de interés público». Por su parte, la Real Sociedad utilizó inicialmente ese dinero en exploraciones y trabajos de campo. Fue así como, tras el estudio geológico en 1904 de la región volcánica de Olot (Gerona), en 1905 se debatió en la Real Sociedad cuál había de ser el escenario del próximo trabajo de campo o investigación naturalista de la *R.S.E.H.N.*: en este punto, Manuel Martínez de la Escalera propuso llevar aquel año a Marruecos la expedición anual de la Real Sociedad. Tras un vivo debate, todos aceptaron tan especial objetivo, quizás influidos por la creciente presencia española en aquel territorio, a partir del acuerdo franco-español de 1904.

Para llevar a cabo tan atrayente proyecto se buscaron recursos económicos, cuya contabilidad sería independiente de los ingresos habituales de la Real Sociedad. En este sentido se hicieron gestiones ante D. Manuel Allendesalazar, quien, de naturalista, socio de la *R.S.E.H.N.* y catedrático en la Escuela Central de gobiernos. Allendesalazar aceptó encabezar una Junta organizadora, que inmediatamente presentó sus proyectos al Rey: Alfonso XIII ofreció inmediatamente su apoyo a los «*finés científicos a la par que patrióticos que se proponen*».

De este modo, y en el seno de la Real Sociedad, nació la *Comisión del Noroeste de Africa*. Presidida por Allendesalazar, eran sus vicepresidentes los Duques de Alba, de Luna y de Medinaceli, el Marqués de Santa Cruz, y D. Santiago Ramón y Cajal (Presidente de la *S.E.H.N.* en 1897); tesorero, el Marqués de Urquijo; secretario, D. Ignacio Bolívar y Urrutia, D. Salvador Calderón y Arana (ese año, Presidente de la *R.S.E.H.N.*), D. Blas Lázaro e Ibiza, D. Carlos de Mazarredo, D. Emilio Ribera Gómez y D. José Rodríguez Mourelo; y comisario, D. Manuel Martínez de la Escalera¹⁶.

15. GARCIA FIGUERAS, ob. cit., pág. 194 y ss.

16. La *Comisión del Noroeste de Africa* de la *R.S.E.H.N.* se organizó y constituyó durante los meses de abril y mayo de 1905, siendo públicamente anunciada en la sesión

Con personajes tan eminentes científica y socialmente, la Comisión empezó de inmediato a allegar recursos: el Ministerio de Estado entregó 10.000 pts, 2.500 el Duque de Medinaceli, 2.000 el Banco de España, 1.000 el Casino de Madrid, 500 la Asociación General de Ganaderos, 500 Allendesalazar, 100 D. Carlos Barranco y San Estéfani, 50 D. Nicolás M. Urgoiti, etc, etc. Esta labor se vio estimulada por el ejemplo del vecino país: Francia, en sus presupuestos generales para 1905, había destinado 324.000 francos para viajes y misiones científicas y culturales, y (en partida especial) una crecida subvención para la Misión Científica francesa en Marruecos. De este modo, los poderes públicos galos añadían las subvenciones estatales a las que, hasta entonces, gastaban las Sociedades científicas francesas que estudiaban Argelia y la zona marroquí limítrofe con ella.

En julio de 1905 comenzaron los trabajos de esta primera expedición marroquí de la Real Sociedad. Lucas Fernández Navarro marchó desde Madrid a las islas Chafarinas y, desde allí, ayudado por las autoridades militares de la plaza, al Norte de Marruecos; César Sobrado Maestro partió desde Santiago de Compostela hacia las Canarias, donde se reuniría con Angel Cabrera Latorre, de Madrid: ambos aprovecharon su estancia para estudiar las localidades canarias menos conocidas; Manuel Martínez de la Escalera, junto con el preparador García Callejo y un cazador, llegaron a Mogador provistos de cartas de presentación del Ministerio de Estado para los diplomáticos y cónsules españoles, así como «*otras de recomendación para los judíos más influyentes, donadas a nuestro consocio por el Dr. Pulido*».

Las recolecciones y actividades fueron productivas. A su vuelta, los expedicionarios expusieron los materiales colectados en la galería fotográfica del Museo de Ciencias Naturales —tan vinculado siempre a la R.S.E.H.N.— y el resultado de sus trabajos en las sesiones de la Real Sociedad. Habían estudiado Ceuta y Melilla, las islas Chafarinas, Alborán, Alhucemas, el Peñón de Vélez de la Gomera, y los territorios rifeños de Cabo del Agua, Bocoya, Mezquita, Beni-Sicar y Frajana en la costa mediterránea, y las Canarias, Mogador, Casablanca, Safi, Mazagán y Tánger en la atlántica. Señalaron a sus consocios que la zona explorada no se alejaba de las ciudades más de 20 km a causa de la falta de material de acampada, así como porque de julio a septiembre el interior está seco y calcinado, y la recolección de especies naturales era improductiva.

A pesar del éxito científico de la expedición, parecía flotar cierta decepción en algunos ambientes, especialmente en los políticos y económicos. Los naturalistas habían ido a conocer y a estudiar la Naturaleza (gea, flora y fauna) de aquellos territorios, lo cual habían conseguido muy provechosamente; pero los políticos y empresarios esperaban hallazgos de materias primas o fuentes de riqueza que les permitiesen inversiones productivas o rápidas ganancias, al

de la Real Sociedad celebrada en junio de ese año. Para su constitución y primeros pasos, véase BRSEHN (*Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*) 1905, págs. 131, 186 y 293 y ss.

igual que ocurría en otras naciones coloniales europeas. Parecía como si, en aquellos días de fiebre colonialista, todos esperasen que los expedicionarios hubiesen descubierto un nuevo Eldorado para España.

Animada por los resultados obtenidos, en 1906 preparó la Real Sociedad una nueva expedición. Esta vez tendría un objetivo más concreto: Fernández Navarro presentó en la sesión de mayo un proyecto de exploración geológica del Noroeste de Marruecos, que fue aprobado por los socios. La *Comisión del Noroeste de Africa*, presidida por Allendesalazar, se reunió a final de mes; a ella se incorporaba D. José Muro y López-Salgado, diputado por Valladolid, cuya ayuda había permitido conseguir para la Comisión una partida en los presupuestos del Ministerio de Estado¹⁷, del que dependían los asuntos coloniales desde 1899.

Tras presentar el balance de cuentas, Martínez de la Escalera propuso que el trabajo de campo de ese año se realizase en otoño-invierno, y manteniendo una base fija en Mogador: durante nueve meses estudiaría la zona de Mogador al río Suss, a través del cual intentaría aproximarse al Sahara. A pesar del elevado donativo (20.000 pts.) el Ministro de Estado, Duque de Almodóvar, a la Comisión, la escasez de recursos no permitía costear una expedición verdaderamente exhaustiva.

Como estaba previsto, la segunda expedición inició en septiembre de 1906 sus trabajos en Mogador. A finales de año, llegaban noticias a la Real Sociedad de que Martínez de la Escalera, acompañado de un colector español y de su intérprete moro, se había embarcado en el «*Cartagena*» hacia Cabo Juby, aprovechando el viaje anual que hacía este buque para llevar provisiones al puesto militar que tenían los marroquíes en Tarfaya: su intención era la de regresar por tierra pasando por Ifni, y aumentar así las zonas estudiadas. Pero las circunstancias políticas le forzaron a regresar a Mogador en el mismo buque: el gobernador moro de Cabo Juby lo aposentó aquella noche en su casa, obligándole a reembarcarse al día siguiente.

Probablemente, esta medida de seguridad la tomó el gobernador para evitar una posible desgracia al investigador español: los marroquíes se encontraban indignados y furiosos por las resoluciones —para ellos humillantes— de la Conferencia de Algeciras (enero-abril), y podrían intentar vengar sus agravios en el primer europeo que encontrasen en sus tierras, creyendo que sería la avanzadilla de otros invasores, lo cual podría originar un incidente diplomático que, además, daría la razón a los europeos. Por otro lado, aquellos moros andaban entonces muy revueltos, ya que el ultranacionalista y antifrancés Ma-el-Ainin, un célebre morabito fundador de una secta religiosa, dominaba en aquella zona más que los áscaris del Majzén, hasta el punto de que —según Martínez de la Escalera— los 2.000 sacos de cebada que transportaba el vapor «*Cartagena*» estaban destinados a su aprovisionamiento¹⁸.

17. BRSEHN, 1906, págs. 329 y ss.

18. Acerca de Ma-el-Ainin, sobrenombre de Muley Ahmed Ben Mohamed el Chinguiti (1838-1910), véase la obra de GARCIA FIGUERAS, págs. 189-194.

En diciembre, el Presidente de la Real Sociedad, D. José Casares Gil (catedrático de Farmacia y senador), participaba en una sesión de la alta cámara en la que el senador Rafael M. de Labra había presentado una enmienda a una de las partidas del presupuesto colonial del Ministerio de Estado, proponiendo que, de las 50.000 pts asignadas para atenciones indeterminadas en el N.O. de Africa, se destinasen 35.000 para las exploraciones científicas que la Real Sociedad llevaba a cabo en aquel territorio¹⁹. A pesar del apoyo de Allendesalazar, la enmienda tuvo que ser retirada «por dificultades de orden político».

Mientras Martínez de la Escalera retornaba a Mogador y proseguía sus trabajos en dirección a Marrakesh, enero de 1907 trajo importantes novedades para la Real Sociedad y para la cultura española. Por un lado, se creaba la *Junta para la ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas* (en la que había cuatro miembros de la R.S.E.H.N.), lo que supuso el inicio en España de una verdadera política científica²⁰. Por otro lado, la Real Sociedad recibía con júbilo que uno de sus miembros, D. Manuel Allendesalazar, hubiera sido nombrado Ministro de Estado del gabinete de Maura: cuando la Real Sociedad le fue a cumplimentar, él manifestó que por razones políticas evidentes se veía obligado a renunciar a la presidencia de la *Comisión del Noroeste de Africa*; le sustituyó el ya mencionado D. José Muro y López-Salgado, quien fallecería en junio dejando de nuevo descabezada la Comisión.

Por entonces volvió Martínez de la Escalera a Madrid, donde fue recibido con entusiasmo en diversos círculos, tanto políticos como culturales. Así, dio en el Ateneo una conferencia en la que expuso sus impresiones y los resultados de su viaje; a ella asistieron Muley Tahar, un influyente moro de Marrakesh, y Hamet, su intérprete rifeño, quienes se proponían acompañarle en sus próximas excursiones por Marruecos. A fines de abril regresaba a Marrakesh y proseguía sus trabajos.

Como ocurriera en 1905, las exploraciones y trabajos se diversificaron. Mientras Hernández Pacheco y Aranda Millán recogían en Canarias datos para realizar un mapa geológico que corrigiera los hasta entonces vigentes de Hartung y Sapper, Martínez de la Escalera permanecía en Casablanca sin poder adentrarse en el Atlas debido a la conflictiva situación del país, soliviantado por Ma-el-Ainin: «La situación política es muy complicada y difícil —escribía— sin que se la considere grave: la sobreexcitación de los naturales es tan grande que por los caminos se ven correr caballos abandonados, y asomar las cabezas de los moros por las bardas de sus corrales, escondiéndose en seguida

19. BRSEHN, 1907, pág. 75.

20. En este sentido, véase la brillante exposición que de la Junta y su importancia hace M. Dolores GOMEZ MOLLEDA en *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid, C.S.I.C., 1966, pág. 457 y ss. Además, merecen consultarse las obras de Juan VERNET GINES: *Historia de la ciencia española*, Madrid, Instituto de España, 1975; Pedro GONZALEZ BLASCO y otros: *Historia y sociología de la ciencia en España*, Madrid, Alianza, 1979; y Fco. VILLACORTA BAÑOS: *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

que son vistos; las autoridades impiden cuanto pueden el paso de los europeos para evitarse complicaciones, aunque en realidad nada ocurre»²¹. A pesar de todo, aún pudo Fernández Navarro explorar el Guelaya en 1908, realizando el primer bosquejo de mapa geológico que se tuvo de aquel territorio. Y así, durante dos años no se habló en la Real Sociedad de nuevas excursiones debido, al parecer, a los problemas internos de España y las dificultades que iban surgiendo en Marruecos: el derrocamiento de Abd-el-Aziz y la entronización del Sultán Muley Hafiz, los sucesos del Barranco del Lobo en Melilla —que provocaron la «semana trágica»—, y el acuerdo entre García Prieto y Mohamed el Mokri por el que se cedía Ifni a España.

Este silencio rompe episódicamente en la sesión de marzo de 1910, en la que Ribera Gómez recordaba los numerosos e importantes trabajos realizados por la *Comisión* en la exploración de Marruecos, correspondiendo a la confianza que en ella habían depositado el Rey, el Ministerio de Estado, diversas entidades científicas y numerosas personalidades, a pesar de que «*la tirantez de relaciones entre Marruecos y Europa, precedente a los sucesos de Casablanca y del Rif, y las operaciones militares subsiguientes, han limitado primero, e imposibilitado después, las exploraciones en el noroeste africano*». Por ello sugería Ribera que los españoles debían enterarse de la «*gran empresa desarrollada por la Sociedad, para que cobre nuevo calor y para que todos sepan el modo brillante y meritorio como han trabajado los naturalistas*». Para lograr esta divulgación general propuso que la Real Sociedad presentase sus publicaciones y las colecciones procedentes de Marruecos en la Feria Nacional de Valencia, por la que desfilarían españoles y extranjeros. Así, se aprobó en aquella sesión: meses después recibía la R.S.E.H.N. la Medalla de Oro de la Exposición.

Pero lo que Ribera intentaba realmente no era lograr un galardón, sino escribir una página de nacionalismo, lógico en aquellos tiempos, y advertir una prioridad científica, algo muy propio de los naturalistas: en Argel se acababa de fundar la Sociedad de Historia Natural de Africa del Norte para estudiar Túnez, Argelia y Marruecos, y Ribera quería que todos conociesen los trabajos de la Real Sociedad «*a fin de que se les conceda la prioridad que tienen, y se vea que cuando otros vienen a colaborar en nuestra meritoria empresa, llevamos ya nosotros muchos años en ella*»²².

Martínez de la Escalera, mientras tanto, proseguía sus trabajos. A propósito de una nota sobre nuevos coleópteros recogidos en Marruecos, describe uno de ellos, y añade: «*Me complazco en dedicar tan notable especie al Bajá de*

21. BRSEHN, 1907, págs. 267 y ss.

22. Emilio Ribera Gómez era miembro de la *Comisión del Noroeste de Africa* de la R.S.E.H.N. desde su fundación en 1905. En esta sesión, además de informar a sus consorcios sobre el mérito de los exploradores enviados por la R. Sociedad, evidencia una de las típicas características de todo naturalista: el orgulloso deseo de proclamar o mantener la prioridad de un descubrimiento o en la descripción de una especie natural (BRSEHN, 1910, pág. 153).

*Marraqués, en cuya casa de la vertiente sur del Atlas ha dado excelente hospedaje a mi hijo, niño de 15 años, que gracias al Hach-Tami puede circular libremente y sólo con los criados moros por toda aquella región en plena seguridad, prosiguiendo con fruto la campaña iniciada por nuestra Sociedad»*²³.

Tras el establecimiento del co-protectorado francoespañol sobre Marruecos en 1912, el Ministerio de Estado debía nombrar comisiones que fijasen sobre el terreno los límites de la zona española. Hallándose en paz el territorio, la Real Sociedad gestionó ante el Ministro que sus naturalistas formasen parte de dichas comisiones. Aunque Navarro Reverter²⁴ quedó complacido con esta idea, lo cierto es que la vuelta al escenario marroquí se hizo realidad a causa de la propia dinámica interna de la Sociedad. En efecto: en abril de 1913 Ribera notificaba a la R.S.E.H.N. que la *Comisión del Noroeste de África* había acordado reanudar los estudios y exploraciones en la zona española de Marruecos²⁵. La presidencia le fue, de nuevo, ofrecida a D. Manuel Allendesalazar (no desempeñando cargo político entonces, podría volver a la Comisión); una vicepresidencia a D. Luis de Armiñán, funcionario del Ministerio de Estado; entre los vocales, las vacantes producidas por las defunciones de Calderón y de Mazarredo fueron cubiertas por Ricardo Codorniú y Eduardo Hernández Pacheco.

Aquella primavera salió de Madrid la tercera expedición de la Real Sociedad: sería la más célebre e importante. La componían Lucas Fernández Navarro (geólogo) como director, Juan Dantín Cereceda (botánico), Angel Cabrera Latorre (zoólogo), Constancio Bernaldo de Quirós (etnógrafo y antropólogo), a los que se agregaría el joven Fernando Martínez de la Escalera (entomólogo e intérprete: hablaba perfectamente el árabe y el chelja): éste era el hijo del famoso viajero, a la sazón cónsul de España en Mogador. Al pasar los expedicionarios por Tetuán se les unió su hermano Lolo, que con la ilusión de sus nueve años puso la nota humana y alegre de la expedición, ayudando a coleccionar insectos. Conocemos paso a paso esta expedición gracias al diario de Bernaldo de Quirós que, con el resultado de los diferentes trabajos de área, sería editado por la R.S.E.H.N. en un libro titulado «*Yebala y el bajo Lucus*»²⁶. En

23. BRSEHN, 1910, pág. 284.

24. D. Juan Navarro Reverter era Ministro de Estado del primer gobierno (liberal) del Conde de Romanones (BRSEHN, 1913, pág. 101).

25. Esta reanudación de la actividad de la *Comisión* se debía a que el Ministro de Estado había prometido a la Real Sociedad una ayuda económica para sus estudios marroquíes, por lo que ésta juzgó llegado el momento para lanzarse a una nueva expedición. Véase BRSEHN, 1913, pág. 209.

26. Del libro de la Real Sociedad sobre su expedición de 1913 se hizo una gran tirada, pero tuvo escasa difusión fuera de los miembros de la R.S.E.H.N., probablemente porque no supieron hacerle una eficaz propaganda, o quizás por utilizar un inadecuado medio de distribución, o por esa enojosa situación que supone para un comprador individual saber que el tomo que él paga a 4 pts. le cuesta 1,50 a los miembros de la R. Sociedad. Ciertamente

el diario se describen los momentos interesantes para un europeo que se inicia en el exotismo africano, los peligros al pasar por kabilas poco acogedoras, su alegría al descubrir nuevas especies que replanteaban cuestiones botánicas o geológicas, etc.

Aquellos dos meses de trabajo de campo fueron productivos a la vez que arriesgados: en las últimas páginas del diario se percibían ya los primeros chispazos de la guerra que estallaría poco después, cuando el Raisuni levantara las kábilas contra España (1913-15). En su «Memoria anual de la Sociedad» afirmaba el secretario de la R.S.E.H.N.: «*Nuestros consocios puede afirmarse que han sido los últimos españoles que han recorrido en son de paz la comarca comprendida entre el Lucus y Tánger. Apenas entraron en esta plaza estalló la rebelión de las kábilas de Anjera contra España. Ahora, sin hacerse acompañar de una buena escolta de soldados, no se podría recorrer la zona en que nuestros consocios hicieron sus estudios y observaciones, en que pacífica y sosegadamente recogieron sus materiales científicos*»²⁷.

Al editarse en 1914 el libro fruto de la expedición, su título originó una absurda polémica con la *Real Sociedad Geográfica de Madrid*: ésta defendía que la zona explorada debía llamarse GARB, mientras que la R.S.E.H.N. creía que debía denominarse YEBALA. Después de presentar diversos testimonios y pruebas de autoridad en apoyo del término «Yebala», Cabrera Latorre zanjó la polémica con argumentos sacados «*precisamente de las publicaciones de la Real Sociedad Geográfica*», aludiendo a los testimonios de dos viajeros y miembros de ella; por eso añadía con indignación y cierta malicia: «*Las afirmaciones de estos viajeros españoles debieran haber sido tenidas en cuenta, antes de aprobar un informe contrario a ellas, por el mismo Centro que las publicó en otro tiempo*»²⁸.

El estallido de la I Guerra Mundial impidió reanudar nuevas exploraciones en Marruecos. Pero, al llegar a este punto, hay algo que conviene destacar. Ya vinos antes que en 1905, cuando se realizó la primera expedición de la Real Sociedad, se produjo una cierta decepción en algunos ambientes: muchas personas creían que el resultado de estas exploraciones sería el descubrimiento de fuentes de riqueza, y confiaban en el hallazgo de un nuevo Eldorado. Cuando el fruto de la exploración no colmó sus esperanzas, las expediciones no tuvieron gran eco popular, y carecieron de influjo social en un ambiente cada

era un libro bien editado, en papel de buena calidad (*offset*), con numerosas y buenas fotografías, y muy fácil y agradable de leer en la parte relativa al diario de la expedición. Su poca venta y el acopio de existencias hizo que una importante remesa (250 ejemplares) se distribuyese gratuitamente en las comandancias generales de Ceuta, Melilla y Larache (BRSEHN, 1915, pág. 98).

27. BRSEHN, 1914, pág. 51.

28. La polémica con la Real Sociedad Geográfica se inicia en la sesión de mayo (BRSEHN, 1914, pág. 249 y ss), prosigue en la de julio (pág. 353) y acaba en la de octubre (pág. 408), cuando Cabrera Latorre les argumenta y contradice con sus propios escritos o testimonios.

vez más utilitarista. Y ello a pesar de los espléndidos resultados científico-naturalistas de estos trabajos.

Un ejemplo de este «utilitarismo», de esta búsqueda de beneficios producidos por la ciencia aplicada, la encontramos en el seno mismo de la Real Sociedad. Así, en su Memoria anual de 1916, y a los naturalistas que entonces empezaban, invitaba el Secretario a investigar «*aquellos temas de los que pudiera derivarse alguna producción utilitarista para la industria o las artes de la vida*». Y con certera visión de futuro, señalaba que la pura investigación era interesante y acrecentaba el prestigio de la nación, pero no influía en la prosperidad material ni solía reportar beneficio alguno, por lo que la calificaba como un «*lujo decorativo y suntuario en un estado de prosperidad*»²⁹.

El final de la Gran Guerra dejó una Europa exhausta, empobrecida y traumatizada, con profundos cambios respecto a lo que el Viejo Continente había sido antes de ella. En España, aquellos cuatro años de locura colectiva y de muerte impidieron el normal desarrollo de muchas investigaciones, pero se siguieron manteniendo metas, objetivos y algunos trabajos. En la Real Sociedad, Fernández Navarro en 1915, y Cabrera Latorre en 1916, propondrían trazar un nuevo plan de trabajos y estudios en Marruecos; pero no parecía aquél un tiempo oportuno para ello, aun cuando España ocupara ese año Cabo Juby como protectorado.

A pesar de todo, cuando en 1918 publicaron E. Dupuy de Lome, J. Miláns del Bosch, P. Fernández Iruegas y A. del Valle sus *Estudios relativos a la geología de Marruecos*, Fernández Navarro felicitaba al Instituto Geológico y Minero de España por haber tomado la iniciativa de estudiar la geología del Protectorado español de Marruecos: «*Por esta vez no tendrán que venir a 'descubrirnos' los extranjeros*». Por ello, al año siguiente volvía de nuevo la Real Sociedad a gestionar, ante el Ministerio de Estado, que se le concediese una subvención para proseguir el estudio científico de Marruecos. Tras conseguirla, inició los preparativos.

En abril de 1919 la Real Sociedad enviaba su cuarta expedición a Marruecos. Apenas llegaron a Melilla, el zoólogo Cabrera Latorre y su ayudante García Lloréns llegaron, el Comandante General de aquella plaza, D. Luis Aizpuru, les puso escolta indígena, siendo objeto de atenciones por parte de los oficiales militares allí destacados. A su vuelta expuso Cabrera a sus consocios de la Real Sociedad los resultados de su viaje al Rif oriental: había estudiado los mamíferos (especialmente las razas equinas) de la región, constatando la sequía y el hambre subsiguientes. En su relato aparecía, también, descrito el aburrimiento de las tropas españolas de la zona, así como las operaciones incruentas de pacificación del territorio, mostrando una semblanza de las diferentes tribus y de algunos personajes moros de la zona. Fruto de esta expedición sería una

29. Decía el Secretario, Ricardo García Mercet (por entonces, Subinspector de la Sanidad militar), que un país «*puede contar con una legislación de sabios, pero mantener un estado industrial y de producción lamentables*» (BRSEHN, 1917, pág. 52).

memoria («*El caballo moruno*»), publicada por la Real Sociedad dos años después.

Mientras Cabrera investigaba, en Madrid aparecía el octavo volumen de las «*Memorias de la R.S.E.H.N.*», íntegramente dedicado al estudio de Marruecos, y más concretamente al Rif. Fue este volumen acogido con especial interés: no sólo fue comentado por el diario «*El Porvenir*» de Tánger, sino que el embajador de España en Londres rogó que se le remitieran algunos ejemplares «*para que dichos trabajos sean conocidos por las entidades científicas de Inglaterra...*»³⁰. A finales de año se nombraba «Socio protector» de la R.S.E.H.N. al Alto Comisario de España en Marruecos, Gral. D. Dámaso Berenguer, quien prometió influir en el Gobierno para que éste concediese una subvención anual destinada a trabajos sobre el protectorado español.

Quizás fuese ésta la razón por la que, en 1920, el Ministerio de Estado concedió 15.000 pts a la Real Sociedad para la exploración científica de Marruecos. Ese otoño estudiaba Fernández Navarro la geología de la zona sur del Rif oriental, mientras que Vicioso Martínez colectaba las plantas espontáneas de dicha zona. Estos trabajos de la quinta expedición serían prolongados en abril y mayo de 1921 por el botánico barcelonés Carlos Pau, que trabajó la zona de Tánger a Tetuán; en una carta a un consorcio de la Real Sociedad le refería sus agudas observaciones: «*Los periódicos y los militares no dicen ni pintan el verdadero estado social de los moros: aquello no está bien... no manden por ahora naturalistas a Marruecos. Se exponen a tirar el dinero y sin provecho científico importante. Aquello está mediano, no hay seguridad más que en las cercanías de Tetuán, pero es porque allí las represalias fueron terribles*»³¹. Tenía razón el anciano botánico: el 1 de junio los rifeños de Abd-el-

30. El ejemplar del periódico tangerino *El Porvenir. Diario de intereses generales* al que nos referimos es el del viernes 4 de abril de 1919; editado a tres columnas, la central de la primera página de dicho ejemplar, con el nombre «Bibliografía», se titulaba «Real Sociedad Española de Historia Natural», y hacía una breve reseña del tomo VIII de las *Memorias de la R.S.E.H.N.* dedicado a Marruecos.

Por otro lado, la carta, procedente del Ministerio de Estado, Sección de Marruecos, con el núm. 25 y fecha del 26 de julio, fue dirigida por el Subsecretario al Presidente de la Real Sociedad, con el tenor siguiente: *Excmo. Señor: De Real orden comunicada por el Señor Ministro de Estado y por convenir al buen servicio, ruego a V.E. que por esa Sociedad de su digna presencia se envíen a este Ministerio a la brevedad posible algunos ejemplares de las Memorias de esa Real Sociedad que tienen relación con los estudios realizados por ella en Marruecos, pues el Señor Embajador de S.M. en Londres los solicita de este Centro para que dichos trabajos sean conocidos por las entidades científicas de Inglaterra, agradeciendo anticipadamente a V.E. el envío de los ejemplares solicitados. Dios guarde a V.E. muchos años, etc, etc.*

31. La carta de Carlos Pau a su amigo y consocio Romualdo González Fragoso está escrita a su vuelta a España, desde su casa en Segorbe (Castellón), y lleva fecha de 7 de junio de 1921. Como la aludida en la nota anterior, ambas forman parte del archivo documental de la Real Sociedad aún no clasificado, por lo que no puedo citar referencia alguna.

Krim emboscaron a una unidad militar en Abarrán, iniciando su escalada de rebeldía, que culminó el 21 de julio con el desastre de Annual³².

Ajeno aún a esta circunstancia, D. Salvador Bermúdez de Castro O'Lawlor, Marqués de Lema y Ministro de Estado del gabinete de Allendesalazar, notificaba el día 22 al Presidente de la Real Sociedad que se habían concedido 17.450 pts. a la R.S.E.H.N. para su próxima campaña de exploraciones en Marruecos. La feroz guerra que ensangrentó Marruecos demoró esta sexta³³ campaña, pero no la impidió: Luis Lozano Rey estudió la pesca de la costa norte (de Melilla a Larache); Angel Cabrera Latorre lo haría con los vertebrados y el ganado doméstico en las regiones de Xauén y Guerrau: Cándido Bolívar Pieltain investigaría la entomología de Xauén a la Gómara. Pero la extensión del conflicto a otras zonas impidió que la Real Sociedad continuase sus exploraciones.

Muchos años después, en 1934, pudo retomar Eduardo Hernández-Pacheco los trabajos de sus consocios, que habían quedado interrumpidos durante muchos años. Con todo, el éxito social y económico que los colonialistas españoles esperaban de estos trabajos y exploraciones tardaría aún años en producirse. Como en el resto de Europa, se esperaba que estas investigaciones encontrasen una fuente de riqueza que compensara los esfuerzos y capitales allí gastados, y las pérdidas humanas; y, sin embargo, las exploraciones de la Real Sociedad no parecían culminar con éxito estas esperanzas. Pero, también en esta ocasión, el éxito acabó coronando los esfuerzos de los investigadores españoles.

En 1942, el Prof. Francisco Hernández-Pacheco y el joven geólogo Manuel Alía Medina efectuaron un viaje en camello en el Sahara español, desde El Aaiún a Villa Cisneros, estudiando la geología de aquel sector. El joven Alía Medina volvió en 1942 —esta exploración formaría la base de su tesis doctoral³⁴— y 1945: en esta última expedición entrevió la posibilidad de que en el Sahara existieran yacimientos de fosfatos. El análisis químico de las muestras allí recogidas mostró un alto contenido en fósforo tricálcico: la gran trascendencia que el hallazgo podría tener para el futuro económico de España le llevó (en 1947) a ponerlo en conocimiento del Jefe del Estado. Franco trasladó al Instituto Nacional de Industria el encargo de evaluar y explotar los yacimientos: el propio Generalísimo los visitó en 1950³⁵. Y así fue, como tras

32. Véase el libro de D.S. WOOLMAN, *Abd-el-Krim y la guerra del Rif*, Barcelona, Oikos-Tau, 1971, obra ya clásica en este tema.

33. Recuérdese que, con carácter general y con subvenciones del Estado, la Real Sociedad hizo seis campañas o trabajos de campo en el Noroeste de Africa durante el período que aquí estudiamos. Esas campañas fueron: la primera en 1905, la segunda en 1906-1907, la tercera en 1913, la cuarta en 1919, la quinta en 1920-1921, y la sexta en 1921.

34. ALIA MEDINA, M.: *Características morfológicas y geológicas de la zona septentrional del Sahara español*, Madrid, C.S.I.C. (Instituto «José de Acosta»), 1945.

35. El Prof. Alía Medina cuenta sus expediciones, vicisitudes, estudios y actuaciones en un interesante artículo, en el que narra todos estos sucesos con una enorme sencillez:

diversos trabajos, en 1962 se constituyó EMINSA (Empresa Minera del Sahara, S.A.), perteneciente al I.N.I., que se encargó de la explotación de los fosfatos de Bu-Cráa.

De este modo, las numerosas exploraciones terrestres de la Real Sociedad (tanto Hernández-Pacheco como Alia Medina pertenecían a la R.S.E.H.N.) se vieron coronadas por el éxito después de muchos años. Sin embargo, poco pudo disfrutarlo España: el antiguo imperialismo colonial de Europa se veía sustituido por el nuevo concepto de autodeterminación de los pueblos. Y así, en 1975, el Sahara Español —el antiguo Río de Oro— fue entregado e incorporado al actual reino alauita de Marruecos.

5. Exploraciones marítimas de la R.S.E.H.N. en el Norte y Noroeste de Africa

Ya vimos en el epígrafe núm. 2 que el inicio de la penetración precolonial española en el Magreb, en el Noroeste de Africa, debe ser situado en 1859, en los campamentos militares durante la llamada Guerra de Africa. Ante la marcha de la guerra, y antes de que acabara y se firmase la paz, sus paisanos canarios sugirieron a O'Donnell que obtuviera del Sultán la concesión de algunos terrenos de la costa marroquí fronteros con Las Canarias, alegando que en aquellas costas había mantenido España largo tiempo la fortaleza de Sta. Cruz de Mar Pequeña, pero con los ojos puestos —en realidad— en la riqueza pesquera de la zona.

El propio Gobierno español conocía esta riqueza piscícola. Durante la guerra, y con el fin de estar preparado cuando llegase la hora de firmar la paz, había pedido un informe al Director de Comercio, D. Tomás Asensi, y al Jefe del Negociado de Política, D. Francisco Merry, del Ministerio de Estado. Entregado en diciembre de 1859, el informe decía que «...para que se realice este pensamiento tan elevado en su objeto como fecundo en sus consecuencias, parece indispensable que el Gobierno de Su Majestad ensanche su dominio en Marruecos, ocupando otros puntos del mismo para formar un cordón de centros de actividad comercial y de influencia política que abrace sus costas...». Señalaba los diversos puntos a ocupar, destacando entre ellos —especialmente— Mogador (antes Santa Cruz) y Agadir (antes, al parecer, Santa Cruz de Mar Pequeña).

En este informe, precisamente, los diplomáticos españoles señalaban a nuestro gobierno la importancia pesquera de aquella zona: «La posesión de cualquiera de estas dos ciudades nos sería muy útil, tanto para entablar relaciones comerciales con las tribus independientes... y proteger allí las factorías que nos conviniera establecer, cuanto para proporcionar a sus contornos secaderos para

la pesca que hacen las Canarias en aquella extensa costa. Es asombrosa la cantidad de pescados que hay en esta región del Atlántico, y muy sensible el escaso provecho que los canarios han sacado de su posición privilegiada para explotar uno de los ramos más importantes de la industria marítima: pues, aunque constituya el principal recurso alimenticio de aquellos isleños, está muy lejos de tener el desarrollo que es susceptible. Esta pesca podría sostener con ventaja tal vez la competencia con la de Terranova y los mares del Norte, si fuera dirigida por especuladores más inteligentes y protegida por el Gobierno...»³⁶. Los acontecimientos posteriores muestran que el Gobierno español no quiso seguir todas las indicaciones sugeridas en el informe, bien porque su realización fuese excesivamente onerosa para Marruecos, bien porque despertase el recelo de las cancillerías europeas.

Por ello, cuando el 26 de abril de 1860 se firmó en Tetuán el Tratado de paz y amistad entre España y Marruecos, su artículo 8 decía: «*Su Majestad Marroquí se obliga a conceder a perpetuidad a Su Majestad Católica en la costa del Océano, junto a Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formación de un establecimiento de pesquería como el que España tuvo allí antiguamente*». Con esto parecía que el Gobierno apreciaba la riqueza pesquera, asunto sobre el cual había opiniones encontradas tanto en la península como en las mismas Canarias.

Como ya se dijo antes, simultáneamente con los acontecimientos políticos y diplomáticos se inició la creación de sociedades comerciales para la explotación pesquera de aquella zona. Ya existían compañías dedicadas al curado y salazón del pescado del banco pesquero canario-africano, como la de *Hijos de Pedro Zulueta* (1848), la de Rafael Cappa y Maqueda (1853), que hicieron al Gobierno adoptar medidas desgravatorias para estimular el desarrollo de la industria pesquera canaria y la explotación de las pesquerías³⁷, la del *Fomento de Pesquerías de Canarias* (1854): posteriores a la firma del Tratado aparecerán la de M.^a Francisca Gascón (1868), la de Ramón de Silva Ferro (1871), las *Pesquerías Canario-Africanas, S.A.* (1880), e incluso la del norteamericano E. Belknap Hodges que pedía licencias para pescar en los mares de Canarias con buques de pabellón norteamericano, y establecer una colonia de pescadores estadounidenses en la isla Graciosa, aunque bajo bandera española (1879). Todas estas compañías, y sus respectivos proyectos, intentaban explotar el banco pesquero canario-africano estableciendo su base de operaciones en el archipiélago canario.

36. GARCIA FIGUERAS, ob. cit., págs. 61 y 62.

37. Algunos expedientes abiertos con motivo de la solicitud de particulares para la fundación de pesquerías o industrias de curación y salazón de pescado se encuentran en el Archivo-Museo «Alvaro de Bazán», en la Sección de Asuntos Particulares. Respecto a la importancia de las pesquerías en la economía canaria, fundamentalmente, véase el estudio de MACIAS HERNANDEZ, A.: «El sector pesquero en la economía canaria del pasado inmediato (1800-1970), en *Actas de las II Jornadas de Estudios Económicos Canarios*, Sta. Cruz de Tenerife, Univ. de La Laguna, 1982, págs. 13 y ss.

Pero hubo, también, otras compañías y proyectos que, además de explotar ese banco pesquero, pretendían comerciar con el Sudán y la costa occidental de Africa, por lo que necesitaban establecer su base de operaciones en la costa occidental misma de Africa. Entre éstas, deben destacarse singularmente la de Manuel Agustín Aguirre (1852); como en las anteriores, tras la firma del Tratado de Tetuán aparecerán los proyectos de Baldomero Cabrera (1872), de Antonio Baeza Nieto (1875), del Marqués de Irún (1879), de Antonio Trujillo Sánchez (1881), el de la *Compañía Mercantil Hispano-Africana*, surgida a raíz del Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil de 1883, auspiciado por la Sociedad Geográfica, etc. Destacaron por su interés los intentos ingleses de la *Provide of Sahara-Sus* (1855), el más conocido de Donald Mackenzie (1875), los de David Cohen (1880) y John Curtis (1881), tan importantes éstos como origen y explicación del acuerdo franco-británico de 1904. Hubo, también, otros intentos de alemanes y belgas, y el de un visionario francés llamado Jacques Lebaudy³⁸.

En realidad, había opiniones contradictorias respecto a la riqueza pesquera de la costa occidental de Africa, y más aún respecto al valor que una pesquería en esas costas pudiera tener para los canarios; por otro lado, y en realidad, la disputa se refería a las especies piscícolas adecuadas a la salazón o preparación del bacalao. En España mismo se discutía fuertemente sobre el tema: en el Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil celebrado en 1883, D. Pedro de la Puente había afirmado «*lo estéril que debe ser, desde el punto de vista de la pesca, la futura factoría de Santa Cruz, donde, por desgracia, sobre no haber puerto, ni acaso abrigo, no existe tampoco pescado...*». De todo ello, García Figueras deduce³⁹ que el verdadero objetivo o significado de la «pesquería» de Sta. Cruz de Mar Pequeña tendría que ser más comercial que pesquero: al parecer, lo que entonces se pretendía era derivar hacia Canarias el comercio que se hacía entre el sur de Marruecos y Senegal.

Sin embargo, los mares y el estudio de la riqueza ictiológica (los peces) en ellos existente no era algo extraño ni desconocido para el Gobierno ni para los científicos españoles. De idéntico modo que unos naturalistas investigaban y colectaban las especies botánicas o zoológicas terrestres, otros estudiaban las especies marítimas, desde las algas y los moluscos hasta los peces y los protozoos unicelulares. Por eso había tenido tanto éxito científico en Europa la *Estación Zoológica Marítima* de Nápoles, que en 1874 fundara Anton Döhrn, y por la que pasaron como alumnos y «pensionados» (becarios) varios miembros de la Real Sociedad Española de Historia Natural y algunos oficiales de la Armada Española. De ahí que, ante el interés científico que suponía y las

38. Respecto a las empresas de pesquerías, véase la obra citada de T. GARCIA FIGUERAS, especialmente en las págs. 133 y ss., y el trabajo de Jesús MARTINEZ MILAN, «Intentos de explotación del banco pesquero canario-sahariano, 1850-1914», en *Actas del Congreso sobre Canarias y el Noroeste de Africa*, págs. 373 y ss.

39. GARCIA FIGUERAS, ob. cit., pág. 139.

posibilidades económicas que podrían derivarse, el Gobierno español creó por un R. Decreto de 1890 un *Laboratorio de Biología Marina*, que fue ubicado en Santander; su dirección se encargó a Augusto González Linares, un naturalista discípulo de Giner de los Ríos, y el primer catedrático que renunció a su Cátedra⁴⁰ cuando la «segunda cuestión universitaria» de 1875. Posteriormente se fueron creando otras Estaciones en España: sus Directores serían, también, miembros de la Real Sociedad, por lo que a través de sus actas conocemos todas las vicisitudes de dichos establecimientos.

En la R.S.E.H.N., según vimos en el epígrafe anterior, el tema de las pesquerías canario-africanas se trató por primera vez en 1906, tras la primera expedición de la R.S.E.H.N. a Marruecos (1905), pero ciertamente conectado con los resultados del acuerdo franco-británico de 1904⁴¹. En una sesión de aquel año, Ribera Gómez notificaba que el Gobierno del Africa Occidental Francesa había encargado al Prof. Gruval, de la Facultad de Ciencias de Burdeos, dirigir y organizar las pesquerías de la Bahía de Arguin: «*No descuidan nuestros vecinos —decía Ribera— nada de cuanto pueda conducir al mejor aprovechamiento de los productos naturales de los países que dominan: esto puede servirnos de ejemplo, pues Arguin está en los linderos meridionales del Sahara atlántico, muy cerca de nuestro Río de Oro y no muy lejos de las Canarias*»⁴². Esta llamada de atención reproducía la que la Asamblea Nacional de Pesca, convocada por la Liga Marítima Española y celebrada en Madrid el 1904, había lanzado al Gobierno pidiéndole el establecimiento, en el litoral sahariano, de Estaciones zoológicas que sirviesen de escuelas de pesca y de centros de investigaciones ictiológicas.

En respuesta a esos intereses pesqueros en la zona atlántica marroquí, en la que tenían los españoles un monopolio concedido en el Tratado de Marrakech de 1767, un Real Decreto de 22 de agosto de 1905 creaba (con la autorización del Sultán de Marruecos) un Laboratorio de Biología Marina en Mogador, que dependería del Ministerio de Instrucción Pública y del Museo de Ciencias Naturales. Sin embargo, los fondos presupuestados para su creación fueron empleados en otros asuntos, y el Laboratorio de Mogador no llegó a existir fuera del R. Decreto que lo creara.

40. A este respecto, véanse las obras citadas anteriormente en la nota núm. 4.

41. Base de la «*entente cordiale*», el acuerdo francobritánico de 1904, por el que Francia renunciaba a sus derechos en Egipto en favor de Inglaterra, dejaba a Francia manos libres en Marruecos, salvando los derechos e intereses españoles. Para esto, ese mismo año se iniciaron conversaciones entre Francia y España, que culminaron en un Acuerdo al efecto: en él, ambas naciones fijaban los límites de sus respectivas zonas de influencia en Marruecos.

42. El Gobierno del Africa Occidental Francesa había encargado a Gruvel la dirección y reorganización (durante 10 años) de las pesquerías de Arguin, con la obligación de que el profesor permaneciese en ellas al menos tres meses al año. Además, se le encargó crear en París una oficina de investigaciones y organización para todas las pesquerías francesas del oeste africano. Véase BRSEHN, 1906, pág. 332, correspondiente a la sesión de julio.

Es justamente en este marco económico y colonial donde hay que situar la consulta que el Gobierno dirigió, en 1906, a la Real Sociedad sobre las pesquerías en la zona canario-africana. El asunto había surgido porque en el Ministerio de Fomento se había creado ese año una Comisión para estudiar y determinar las comunicaciones marítimas para el tráfico de mercancías y para la mejora de los servicios postales, de navegación y pesca. La Comisión había elaborado un formulario con diversas preguntas, y lo entregó a todas las corporaciones científicas españolas y, entre ellas, a la Real Sociedad, que se apresuró a estudiarlo y contestarlo⁴³.

Tras la creación de la Estación de Santander (1890), se erigieron en España las de Baleares (1906) y Málaga (1914). La de Baleares se inauguró en 1908; Domingo Sánchez y Sánchez lo comentaba en una sesión de la R.S.E.H.N., describiendo su emplazamiento (tan beneficioso como la de Nápoles, o las francesas de Banyuls-sur-Mer y Roscoff), sus embarcaciones (para pesca, dragados y sondeos), y el Acuario (que era lo que más había despertado el interés popular en Mallorca). A la vez, señalaba que aquellos centros experimentales eran necesarios para acabar con el aprendizaje de la Naturaleza española en obras extranjeras, no siempre tan bien documentadas en observaciones propias como se pensaba, recriminando *«la gran predilección que alcanzan entre nosotros aquellos escritos que, por contener abundantes notas y numerosas citas de autores ingleses, alemanes o suecos, de nombres enrevesados y de difícil pronunciación, merecen el pomposo calificativo de ‘obras documentadas’, y sus autores el de ‘eruditos’ y sabios, aun cuando en ellas no figure un solo dato adquirido por propia observación»*⁴⁴.

Ya vimos como en 1906-1907 se produjo la segunda expedición de la R.S.E.H.N. a Marruecos; mientras ésta trabajaba en tierra, en el mar investigaba Odón de Buén, a cuyas órdenes trabajaron Luis Lozano Rey, Emilio Fernández Galiano, Rafael y Sadí de Buén, Fernando Galán, el epidemiólogo Dr. Varela, y el taxidermista José Benedito. Esta campaña de Biología marina estudió dos zonas: desde Cabo de Agua hasta las islas Chafarinas, en el este, y desde Melilla a Tres Forcas, en el oeste. Desde 1907, durante los años si-

43. El Ministro de Fomento del gabinete liberal de López Domínguez (julio-noviembre de 1906), que enviara la Real Orden a la R.S.E.H.N., era D. Manuel García Prieto. Decía en ella que se había creado el 3 de febrero de dicho año la referida *COMISION* para estudiar y determinar las comunicaciones marítimas regulares, y que de ella dependería lo relativo a pesquerías. Por ello, la Comisión había confeccionado un formulario, y lo había enviado a diferentes Sociedades científicas con el objeto de estudiar sus respuestas en orden a emitir su dictamen al respecto. A la Real Sociedad se le pedía que expusiese sus conocimientos e hipótesis sobre las condiciones y organización de las pesquerías canarias y africanas para la pesca del bacalao y similares: también se le pedían los lugares, tipos de buques y tripulaciones para la pesca del bacalao. Por su parte, la Real Sociedad nombró una comisión para responder al cuestionario dentro de los dos meses de plazo que fijaba la R. Orden (BRSEHN, pág. 401).

44. BRSEHN, 1908, pág. 338.

guientes no se efectuaron allí otras exploraciones debido a la revuelta situación marroquí.

En 1910, sin embargo, había dos miembros de la Real Sociedad trabajando en Marruecos. Por un lado estaba Manuel Martínez de la Escalera, el antiguo explorador de la R.S.E.H.N. y entonces cónsul de España en Mogador, que colectaba insectos que completasen la Entomología magrebí. Por otro, Odón de Buén y del Cos estudiaba en aquellas costas, durante 1910 y 1911, los peces de las aguas mediterráneas de Marruecos. La mayor parte de las especies ictiológicas colectadas por él se enviaron al Museo de Ciencias Naturales de Madrid, donde fueron estudiadas; otra parte fue remitida al Dr. Fage, del Laboratorio Arago (en Banyuls-sur-Mer), quien estudió algunos ejemplares que en España «*por la escasez bibliográfica no es posible determinar*»⁴⁵; el resto estaba siendo investigado por el mismo De Buén en el Laboratorio de Biología Marina de Baleares (en Mallorca), del que era Director desde que fuera inaugurado en 1908.

Todos estos trabajos y estudios de De Buén resaltaron la gran riqueza de especies, y la presencia y abundancia de peces provenientes de la costa occidental de Africa: de ese modo dio comprobación científica a hipótesis y opiniones anteriormente debatidas, como vimos más arriba. A su vez, sus observaciones fueron la base de la ponencia que presentó en el V Congreso Internacional de Pesca (Roma, 1911), y de la comunicación expuesta a sus consocios de la R.S.E.H.N. en enero de 1912. Sus estudios e investigaciones tuvieron gran trascendencia y también más utilidad que otros —no menos interesantes científicamente— de sus consocios de la Real Sociedad. Pero, además, sus trabajos estaban muy integrados en una de las corrientes científicas o áreas de investigación naturalista más investigados en aquel momento, en la que había destacado singularmente el Príncipe Alberto de Mónaco.

Alberto I Grimaldi. Príncipe de Mónaco (1848-1922), era un verdadero científico antes de subir al trono monegasco. En 1866, con 18 años de edad, se había alistado en la Marina española; teniente a sus 20 años, cuando fue destronada la reina Isabel II se retiró a la vida privada y a sus aficiones ictiológicas (estudio de los peces). Al comenzar Alfonso XII su reinado, el monarca español reconoció la lealtad del Príncipe Alberto a la dinastía española, y le nombró Contralmirante de la Armada española. En 1889 subió al trono del Principado de Mónaco, continuando sus estudios marinos y alcanzando con ellos gran fama y autoridad científica. Socio Protector de la R.S.E.H.N. desde 1899, creó la ciencia denominada *OCEANOGRAFIA*, y fundó en 1910 el Museo Oceanográfico de Mónaco.

El Príncipe había iniciado en 1885 sus campañas ictiológicas y oceanográficas a bordo de su velero «L'Hirondelle I», que pronto se haría famoso en todos los mares, y realizó treinta singladuras de investigación que le valieron un justo renombre científico: su *Carta general barimétrica de los Océanos* es una de sus más destacadas obras. En 1892 envió a la Real Sociedad los clichés

45. BRSEHN, 1912, pág. 153.

de los aparatos utilizados por él en su yate para dragados oceanográficos y para captura de peces: fueron reproducidos en un extenso artículo de los *Anales de la S.E.H.N.* En su visita a España en 1908 fue cumplimentado y agasajado por la Real Sociedad. Años después, y con la misma dedicación y éxito, se dedicó a la Antropología física y la Prehistoria, fundando el Museo Antropológico de Mónaco y el Instituto de Paleontología Humana de París (1914): sus científicos recorrían Europa, y particularmente España, para reunir datos y materiales. En nuestro país eran conocidos como «la Comisión del Príncipe», y fue en ella como Henri Breuil y Hugo Obermaier llegaron a España para acabar siendo los primeros catedráticos de Prehistoria de nuestra Universidad Central de Madrid (hoy Complutense).

Por otro lado, la inauguración en 1910 del Museo Oceanográfico de Mónaco (el primero que aparecía en el mundo), y la creciente utilidad que los estudios ictiológicos o piscícolas podrían representar, movieron al Gobierno español a crear en 1914 el *Instituto Español de Oceanografía*, del que pasaron a depender las tres Estaciones de Biología Marina existentes en España (Santander, Baleares y Málaga), nombrando Director del nuevo organismo a Odón de Buén y del Cos. Los poderes públicos eran conscientes del interés y las utilidades económicas y sociales que estas investigaciones podrían desarrollar: «*El Instituto Español de Oceanografía —señalaba De Buén— responde a un movimiento general de los países cultos hacia el estudio de los océanos, como base para la explotación de sus riquezas*»⁴⁶. Por ello, cuando ese mismo año de 1914

46. Odón de Buén se expresaba en estos términos en la sesión de la R.S.E.H.N. de mayo de 1914, cuando comunicó a sus consocios su nombramiento como Director del Instituto Español de Oceanografía, que el gobierno de Eduardo Dato (oct. 1913-dic. 1915) había creado por un R. Decreto del 18 de abril anterior. Señalaba De Buén que la misión del nuevo Instituto era importante a la vez para la ciencia pura y para sus aplicaciones económicas, por lo que se proponía emprender campañas de exploración de las costas españolas; eso abriría —decía— «*nuevos horizontes a la carrera de Ciencias*» y permitiría a los naturalistas adquirir en España «*un influjo social y económico bien merecido*». BRSEHN, 1914, pág. 251.

Odón de Buén y del Cos (1863-1945) era miembro de la R.S.E.H.N. desde 1883, en que cumplió 20 años. Conocido evolucionista, había sido discípulo de Augusto González Linares y de Ignacio Bolívar y Urrutia. Tras doctorarse en Ciencias, fue catedrático de Historia Natural en la Univ. de Barcelona, siendo nombrado Director, en 1906, del Laboratorio de Biología Marina de Baleares. Senador por la Universidad de Barcelona al año siguiente, concejal del Ayuntamiento y amigo de Ferrer Guardia, su actuación política y sus conflictos con los obispos de Barcelona le costaron la cátedra, ser excomulgado, depuesto y llevado a Madrid por traslado forzoso (R. Orden de 9 noviembre 1911). Nombrado Director del Inst. Esp. de Oceanografía en 1914, ganó al año siguiente la cátedra de Mineralogía y Botánica en la Universidad Central de Madrid. Masón, personaje controvertido y curioso, mantuvo en 1917 (por un tema de competencias) una durísima polémica en la Real Sociedad con José Rioja Martín, Director de la Estación de Santander, y con Ignacio Bolívar, Director del Museo de CC. Naturales de Madrid. Véase VERNET GINES, Juan: *Historia de la ciencia española*, Madrid, Instituto de España, 1975, págs. 267 y ss. La polémica está recogida en BRSEHN, 1917, págs. 337 y ss., 401, 419 y ss., y 505.

iniciaba De Buén sus exploraciones en el Mediterráneo, recibía la ayuda del Ministerio de Marina, que puso a su disposición el «*Núñez de Balboa*», un cañonero de la Armada.

También los empresarios buscaron rápidamente beneficiarse de este tipo de investigaciones que, iniciadas por la R.S.E.H.N., eran entonces fomentadas por el propio Gobierno. De ese modo, durante la segunda década del siglo XX se crearon empresas de pesquería en forma de sociedades anónimas que, además, exigían poca inversión en su inicio: «San Luis» (Melilla, 1916), «Pesquera del Mediterráneo» (Ceuta-Cádiz, 1932), «Cántabro-mediterránea» (Melilla, 1941), «Pesquerías y comercio» (Larache, 1950), etc, etc⁴⁷.

Respecto a los estudios marítimos, la guerra europea estorbó también las investigaciones ictiológicas, especialmente en el Mediterráneo; por si fuera poco, la rebelión de Abd-el-Krim y la guerra del Rif vino a obstaculizar, aún más, los trabajos y estudios en este campo. En él, además de Odón de Buén, empezó a destacar singularmente Luis Lozano Rey⁴⁸, que había empezado es-

47. Véase la obra de Víctor MORALES LEZCANO: *España y el Norte de Africa: El Protectorado en Marruecos (1912-56)*, Madrid, U.N.E.D., 1984, pág. 187 y ss.

48. Luis Lozano Rey (1878-1958) fue uno de los principales zoólogos de nuestro país. Hijo de un militar liberal (auxiliar de Castelar en la cátedra de H.^a de España), estudió en la I.L.E. con Giner de los Ríos, y luego cursó la carrera de Ciencias en la Universidad Central de Madrid. Marchó después a Barcelona para trabajar en aquella Facultad como auxiliar de la cátedra que ocupaba su cuñado Odón de Buén y del Cos; allí cristalizó su vocación de zoólogo, dedicándose a la Malacología por influencia de su maestro Joaquín González Hidalgo. La creación en 1906 de la Estación de Biología Marina de Baleares (en Porto Pi, Mallorca), y el nombramiento de su cuñado como Director de la misma, le permitieron marchar allí y acompañarle en sus expediciones marítimas: en Mallorca y en la Estación francesa de Banyuls-sur-Mer realizó los trabajos de su tesis doctoral sobre los cefalópodos.

Su destino cambió cuando Ignacio Bolívar le llamó a Madrid para ocupar, en el Museo de Ciencias, una plaza de conservador de Zoología de Vertebrados, sección que entonces sólo contenía aves y mamíferos: no tenían fauna ibérica de peces. Una beca le permitió ir a París (estudió en la Sorbona con Perrier y Bouvier), Londres y Viena, donde trabajó con Steindachner en el Museo de Historia Natural: decía Lozano, entre irónico y pesaroso, que para iniciarse en el conocimiento de la fauna piscícola española tuvo que ir a Viena, cuyo Museo poseía la única colección de peces españoles de agua dulce. Años más tarde (en 1911 ganó la cátedra de Osteozoología en la Univ. Central de Madrid), y tras sus exploraciones ictiológicas en el Magreb, marchó como «pensionado» a París, pero el estallido de la Gran Guerra interrumpió su viaje. Sus trabajos fueron premiados con distinciones y cargos: catedrático en la Univ. Central y en el Museo, miembro de la R. Academia de Ciencias, asesor de Biología Marina en la Dirección General de Pesca del Ministerio de Comunicaciones (1929), profesor del Instit. Español de Oceanografía (1939), ocupó varios cargos en el C.S.I.C. Entre las distinciones recibidas, deben destacarse las cuatro medallas de oro de la R. Academia, la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, y las condecoraciones que (en razón de sus trabajos de ictiología en el norte de Africa) le concedieron el Bey de Túnez y el Jalifa de Marruecos. BRSEHN, 1978, págs. 147-158.

tos trabajos en 1906, con la segunda expedición de la R.S.E.H.N., en Melilla y a las órdenes de De Buén.

Estas campañas ictiológicas de Lozano Rey se repitieron en 1908, 1909, 1911 (como De Buén), 1914, 1916, 1921 (interrumpida por la guerra rifeña), 1930, 1931-32, 1935 y 1951. Las zonas exploradas en ellas fueron las regiones de Melilla, Alhucemas, Ketama, Larache, Ifni, Sahara español y Túnez. Fruto de estos trabajos fueron diversas publicaciones sobre la fauna piscícola melillense, así como la revisión de la *Ictiología española* de L. Pérez Arcas. Sus obras más interesantes fueron la *Ictiología Ibérica* (en 4 tomos, publicados desde 1929 a 1960, premiada con la medalla de oro de la R. Academia de Ciencias) y *Las pesquerías del Sahara español*. Estos trabajos y publicaciones resaltaron la riqueza pesquera de la zona, en especies y volumen, y favorecieron una industria y un sector productivo que continúa en nuestros días.

Las páginas del *Anuario Estadístico de España*⁴⁹ dan buena muestra del auge que en los puertos andaluces y canarios tuvo y tiene la pesca, el tonelaje o número de buques pesqueros, los pescadores o marinos dedicados a ella, y el producto de las capturas. Y es un tema tan importante en nuestros días, y afecta a tantos trabajadores este sector, que ha llevado al Gobierno español a concluir —tras la independencia o cesión de nuestras colonias magrebíes— acuerdos pesqueros con Marruecos en 1969 y 1975, ratificados en 1977, así como acuerdos transitorios en 1979, 1981 y 1983. Hoy, con el ingreso de España en las Comunidades Europeas es la CEE la que negocia con Marruecos, procurando salvaguardar los intereses españoles; en este punto recuérdese que estos últimos años no eran extrañas las noticias que hablaban en periódicos o televisión de buques españoles apresados en aquellos caladeros por los marroquíes.

6. Conclusiones

Así pues, estas páginas nos sirven para matizar algunas afirmaciones sobre el colonialismo español hechas con cierta ligereza, a la vez que nos muestran algunos de sus aspectos económicos, que siempre se dan por supuestos, pero que apenas se suelen mencionar incluso en trabajos de especialización.

En principio, debe quedar claro que el colonialismo español en el Magreb no fue un burdo mimetismo o imitación del imperialismo francés o el británi-

49. Podremos ver la importancia de esta pesca comparando los *Anuarios* de los años 1867 (editado en 1870, es el quinto volumen que aparece en España), 1920 y 1930; el de 1912 no incluye datos pesqueros. Con ellos puede trazarse la secuencia de auge pesquero en ambas zonas (canaria y andaluza), y establecer una comparación con las regiones gallega, catalana y valenciana, hasta entonces las más pujantes. Los *Anuarios Estadísticos de España* por mí utilizados lo han sido en el Instituto Geográfico Nacional, sito en Madrid, en la avenida de Ibáñez Ibero.

co, sino que surgió de necesidades propias, de intereses internos; y no se hizo a propuesta de los políticos sino de los empresarios de las pesquerías o del comercio canario con Africa. Recuérdese que el Informe de Asensi y Merry (de índole expansionista, pero económica) no fue seguido por el Gobierno español. Por el contrario, partiendo de los objetivos señalados en dicho Informe, García Figueras deduce un interés más comercial que pesquero en el tema de la cesión por Marruecos de un lugar en su costa (Tratado de Tetuán, 1860).

Por lo mismo, el colonialismo español, que se inicia en 1859-1860 (en una época mercantil o utilitarista, y verdaderamente precolonial) no se fundaba solamente en una «política de prestigio», sino que tenía claros objetivos comerciales y económicos. Por eso no se apresuró a ocupar territorios, sino a abrir mercados o posibilidades económicas, explotando los recursos naturales del territorio. Por ello se potenció el estudio de su naturaleza y sus productos más que la confección de mapas militares, que se realizarían posteriormente.

Tampoco es admisible decir que el colonialismo español en Marruecos fue un mecanismo sustitutorio tras el «desastre del 98», porque es —evidentemente— anterior a él. Sí es cierto —y lógico— que el esfuerzo militar se traslade a Marruecos tras la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y el surgimiento de desórdenes y rebeliones en las zonas de influencia —primero— y de protectorado —después— de Marruecos.

Sí debe precisarse que, a pesar de los intereses e intencionalidad comercial, pesquera y mercantil de España en el Magreb, cuando la diplomacia internacional generó actitudes imperialistas —en unos— o de recelo —en otros—, España intentó controlar el norte de Marruecos: ello es debido al lógico deseo de toda nación de evitar tener a la misma potencia de su frontera norte en su frontera sur. De ahí ese «glacis» de seguridad o frontera cuasi-militar que suponía el Protectorado español. Tal actitud era normal en la estrategia de finales del siglo pasado y principios de éste: el mismo Napoleón III quiso evitar que los peligrosos Hohenzollern prusianos fuesen sus vecinos en el Este (Renania) y en el suroeste (España).

Frente a erróneas opiniones que ven despectivamente al colonialismo español como una «aventura» o juego militar, es necesario afirmar que la fuerza militar siguió (no precedió) a los intereses económicos y sociales reclamados por los grupos ciudadanos de presión social con arreglo, eso sí, a los criterios y mentalidad de los hombres de aquella época. Por ello, tampoco se puede acusar a los gobiernos españoles de «improvisación», puesto que el fenómeno colonial hispano en el Magreb se organizó y llevó a la práctica con planificación, aunque con arreglo a los objetivos o demandas trazados por la sociedad previamente. En este sentido, debe acabarse con esa falsa y vergonzosa imagen de la *España de charanga y pandereta* que nosotros mismos hemos creado y convertido en un verdadero «complejo de inferioridad» nacional.

Aunque es de todos conocido que el fenómeno colonial aparece asociado con el imperialismo europeo del siglo XIX, y vinculado a la «política de prestigio», no es menos cierto que siempre responde a las circunstancias sociales (presión demográfica de la población blanca) y económicas (las necesidades

generadas por la «segunda revolución industrial») de su tiempo y sociedad. Sin embargo, en manuales y obras especializadas apenas se incluyen los aspectos económicos, e incluso los sociales, del colonialismo: en estas líneas he pretendido apuntar los iniciales objetivos económicos del fenómeno colonial español.

Finalmente, el colonialismo no es producto de políticos, militares y poderosos: lo genera la propia sociedad. Sus objetivos serán diversos según el grupo de presión al que pertenezca, o la formación cultural o política de los ciudadanos. Pero es un fenómeno de la sociedad europea. En libros y tratados se olvida, también, a aquellos que lo hicieron posible, con miras tanto altruistas como interesadas. En estas hojas he querido recordar a una de las corporaciones científicas más meritorias e inquietas de España, cuyos hombres, por su profundo amor al conocimiento de la Naturaleza, sirvieron de instrumento a otro tipo de intereses (lógicos y provechosos, por otra parte) del entorno social al que pertenecían. Su labor investigadora, dura, callada, tesonera, se vio recompensada con el éxito científico, y con el éxito económico, tanto en sus trabajos de campo como en sus campañas marítimas.

